

llábanse henchidas todas de guerreros itzalanos, los cuales armaron un grito espantosa, luego que se acercó la galeota. Pero la nave española no se intimidó, al parecer, ante esta demostración hostil, y siguió tranquilamente su viaje, pasando entre aquellas dos alas formidables con que se había creído aterrarlos.

Pronto comenzó á descubrirse la isla mayor del Itzá, y como la atmósfera estaba limpia y transparente, los ojos de los viajeros pudieron examinarla con todos sus detalles. Llamaban la atención, en primer lugar, los altos templos, que en gran número se destacaban de la superficie, y algunas casas de notables dimensiones, con sus paredes blanqueadas con cal y sus elevados techos de paja. Fijando en seguida mejor la vista, se notaba que se habían levantado fortificaciones, así á la orilla de la laguna, como en varias partes culminantes de la isla, y especialmente en la cima de los adoratorios. Finalmente, haciendo con mayor escrupulosidad el examen, se veían asomar de cuando en cuando algunas cabezas humanas detrás de cada una de estas fortificaciones, lo cual inducía á creer que todas estaban guardadas por un considerable número de guerreros.

No parecía menor el peligro que amenazaba por agua á la fuerza expedicionaria. De cada una de las cinco islas que bordaban la laguna, y aun de la tierra firme, se desprendían á cada instante canoas de guerreros, que venían á incorporarse con las que estaban formadas en alas. Estas, luego que pasó la galeota, se formaron en semicírculo alrededor de ella, y no tardaron en dejarla encerrada entre la isla y la retaguardia que le formaban. Todos estos movimientos iban acompañados del estruendo infernal que los itzaes hacían con sus alaridos y sus instrumentos de música, y luego que estuvieron á tiro de la nave española, hicieron llover sobre ella una gran cantidad de flechas, que oscureció por un instante la atmósfera. Los soldados quisieron apelar inmediatamente á las armas; pero Urzúa

tuvo la energía suficiente para impedirselo, y haciendo que se levantaran los remos para que parase la nave, se dirigió á los de las canoas y les intimó en nombre del rey de España que suspendieran sus hostilidades, puesto que iba al Petén llevando en la mano la oliva de la paz. Los indios no dieron señales de haber creído mucho en esta protesta, porque respondieron á ella con gritos de burla y continuaron disparando sus armas. Como la misma operación ejecutaban simultáneamente los defensores de la isla, que estaba ya muy próxima, los soldados de Urzúa comenzaban á impacientarse y á dar señales de insubordinación.

Por fin, un soldado, llamado Bartolomé Durán, á quien escocía demasiado una herida que había recibido en el brazo, se echó al hombro un arma de fuego y la disparó sobre la chusma de las canoas. Su ejemplo fué imitado al instante por todos sus camaradas, y cien tiros de arcabuz, entre los cuales se mezclaban algunos disparos de artillería, vinieron á aumentar el estruendo que reinaba en la laguna. Fué ya imposible evitar el combate, y los soldados de Urzúa, excitados con esta primera demostración, se arrojaron al agua, que les daba todavía hasta la rodilla, y se dirigieron rápidamente hacia la isla, haciendo fuego sobre sus defensores. El jefe de la expedición se vió obligado á seguirlos, para dirigir el asalto, ya que parecía hacerse necesario, y dejó al cuidado de la galeota veinte hombres que tenía designados de antemano para este objeto en cualquier evento.

Los defensores de la isla continuaban disparando sus flechas sobre los asaltantes; pero luego que éstos pusieron el pie en tierra, aquéllos desampararon las fortificaciones que tenían en la llanura y se refugiaron en las cumbres de los adoratorios. Pero los agresores, á quienes sus armas de fuego daban una inmensa superioridad sobre el enemigo, no tardaron también en escalar los templos y en lanzarle de este último asilo. Entonces tuvo lugar una escena

espantosa. Hombres, mujeres y niños; príncipes, sacerdotes y vasallos; todos los habitantes de la isla, en fin, corrieron desatentados á la playa y se arrojaron á la laguna, sin calcular si tendrían las fuerzas suficientes para ganar la orilla opuesta.

Luego que hubo terminado el combate, D. Martín Urzúa, seguido de sus principales capitanes y del vicario D. Juan Pacheco, subió al lugar más alto de la isla, y clavando allí dos estandartes, en que estaban grabadas las armas Reales con las imágenes de Jesús y de María, tomó posesión del Itzá en nombre de Carlos II, rey de las Españas. Todos los vencedores poblaron entonces el aire con aclamaciones de triunfo, y terminó el acto dándose recíprocamente la enhorabuena jefes, oficiales y soldados, por el éxito completo de aquella jornada. En seguida se pusieron á recorrer la isla con el objeto de reconocerla. Llamó desde luego su atención la gran cantidad de ídolos que había en cada templo y en cada casa; y como el fin ostensible de la expedición había sido la introducción del Cristianismo en el Petén, D. Martín de Urzúa se creyó obligado á tratar á los dioses con más severidad aún que á sus adeptos. Dividió su fuerza en varias secciones, y habiéndolas distribuido por toda la población, les ordenó que quebrantasen todas aquellas imágenes del demonio, sin dejar entera una sola. Esta facción duró hasta las tres y media de la tarde, y entonces el ejército pudo tomar el rancho que había traído consigo, y entregarse al reposo.

La superficie de la laguna presentaba entretanto un espectáculo desgarrador. Veíase poblada toda de millares de cabezas humanas, que ora avanzaban fatigosamente hacia la tierra firme, ora se sumergían para no volver á aparecer jamás. Los guerreros que ocupaban las canoas también se habían arrojado al agua, para escapar mejor del fuego que les hacía la galeota, y especialmente con el objeto de ganar á nado la playa, porque aquellas embarcaciones se emba-

razaban mutuamente con su gran número y era ya imposible hacerlas navegar. La galeota apresó cuantas quiso, y cuando ya no tuvo enemigos que combatir, se aproximó al remo al desembarcadero de la isla. Los soldados que la ocupaban saltaron entonces á tierra, y fueron á confundir sus plácemes y felicitaciones con sus compañeros de aventura. En aquel momento el sol comenzaba á ocultarse en el horizonte, y ningún itzalano pudo contemplar este cuadro desde el lugar de su nacimiento, porque ya no se veía uno solo ni en la isla ni en la laguna.

Al día siguiente, D. Martín de Urzúa comenzó á tomar algunas disposiciones para hacer volver al Petén á sus antiguos habitantes. Pero sólo al cabo de una semana se logró que se presentasen algunos, á los cuales se halagó y puso en posesión de sus casas, á fin de atraer á los demás. Esta medida produjo todo el efecto que se esperaba, pues los indios fueron perdiendo poco á poco el temor que les inspiraba el hombre blanco, y cuando el mes de marzo terminó, ya todos los itzaes habían vuelto á sus hogares. Deben ser exceptuados de este número el rey Canek y su primo, el sumo sacerdote, de cuyo paradero nadie pudo dar razón por entonces. Pero habiéndose presentado Chamax Sulú á ratificar el vasallaje que tenía ya jurado al rey de España, prometió al general español buscar á los fugitivos y traerlos á su presencia. Cumplió religiosamente su oferta, porque pocos días después de haberla hecho, los dos príncipes arribaban al Petén, seguidos de sus respectivas familias. Don Martín Urzúa los recibió con agrado, los sentó á su mesa y les permitió volver á su casa, con la condición de que habían de instruirse en el Cristianismo y bautizarse. Con esta presentación, y con haberse sometido espontáneamente las demás islas que contiene el lago de Itzá, quedó terminada del todo la empresa que D. Martín de Urzúa y Arismendi se había echado sobre los hombros.

Quizá la historia de esta expedición no pertenezca en ri-

gor á la historia de Yucatán. Pero no hemos querido omitir en nuestras páginas sus principales detalles, así por haber sido llevada á cabo con elementos puramente yucatecos, como por tratarse en ella de la conquista de un pueblo que tuvo su cuna en la Península, y que tan notables recuerdos ha dejado en su suelo.

CAPÍTULO XI

1697-1706

Es segregado el Petén de la provincia.—Muerte de Soberanis.—D. Martín de Urzúa toma por segunda vez posesión del gobierno.—Nombramiento de don Fernando Hipólito de Osorno para la tenencia de Valladolid.—Enemigos que se acarrea en la villa.—Le indisponen con el gobernador, quien manda prenderle.—Busca un asilo en la parroquia.—Es asesinado allí, en unión de otro retraído.—Prisión de los asesinos.—Es acusado de complicidad Urzúa.—La Audiencia de México le depone y nombra para sustituirle interinamente á don Álvaro de Rivaguda.—Carácter de éste.—Ejecución de los alcaldes de Valladolid.—Absolución del gobernador propietario y honores con que le distingue el rey.

En el mes de mayo de 1697, D. Martín de Urzúa verificó su retirada á la Península, después de haber construido en el Petén un reducto, en el cual dejó de guarnición cincuenta hombres al mando del capitán Estenoz. Eligió para su residencia la villa de Campeche; pero luego que se presentó en ella, despertáronse los antiguos celos del gobernador de la provincia. Dirigió una nota al virrey de México, pidiéndole que ordenase al conquistador de Itzá que se saliese de la Península, conforme á las disposiciones generales y particulares de la Audiencia, que le prohibían permanecer en ella. Don Martín de Urzúa tuvo noticia de este paso, y también elevó al virrey un escrito, en que le manifestaba que su empresa no estaba del todo terminada, pues aun tenía que reducir algunos pueblos, construir ventas y rectificar